

“DOMINGO DE PAJAROS”.

Por Fernando González Urizar.

Hay poetas rumorosos, turbulentos, que necesitan ruido en torno suyo para sentirse vivir. Con una segura esperanza, tal vez, de ser sobrevivientes en nuestra historia literaria. No pasan inadvertidos, por cierto. Pero de pronto se apagan. Vagamente se les recuerda después. En algún minucioso texto de estudio aparecen, entre otros nombres, junto a un par de cruces, las fechas de su nacimiento y de su muerte. Esto ocurre tan a menudo que mejor nos parece no citar tan tristes nombres.

A otros poetas hay que buscarlos. Se hallan como escondidos, entregados calladamente a su obra. Suelen obtener los más codiciados galardones, que no les quitan el sueño, y les sirven tan sólo de estímulos para proseguir la tarea a que se sintieron llamados desde siempre. Uno de estos poetas —nunca abundan en ningún país— es Fernando González Urizar, autor de “Domingo de Pájaros”, con sello Pedro de Valdivia. Casi simultáneamente a esta publicación se le ha otorgado el Premio Municipal de Poesía por su libro anterior: “Nudo Ciego”. Y el poeta no se ha dormido en el halago. Tiene nuevos libros que aparecerán en fecha no lejana. Es decir, es un trabajador que no olvida su ineludible obligación de poeta, que es vivir en la poesía y para ella.

Desde su primer libro, “La Eternidad Esquiva”, que también obtuvo el Premio Municipal en 1957, ha cumplido este deber primordial de situarse en el mundo poético que se ha creado, sin alejarse nunca de él, ensanchándolo de continuo, dignificándolo, embelleciéndolo, explorando sus más profundas posibilidades, sus sorpresas, sus hallazgos y sus limitaciones.

En “Domingo de Pájaros” define el don vital que su poesía le concede en el gozo o la pena. “Me das la sed y el agua”, nos dice. Esta es su simple y honda confesión. No hay una diferente para todo poeta verdadero. El ansia de amar la vida intensamente y verla colmada en lo más profundo de su ser cuando la poesía murmura sus sabios conocimientos.

En suma, vida y poema en inseparable unión, en feliz conjura para hacer del mundo, del hombre, de las cosas, algo que, si no logran serlo nunca, quizá bien vale la pena soñarlo. Es una fiesta de domingo eterno, donde todos los pájaros cantan, y los escucha el hombre para que este sueño eche a volar en su espíritu.

En ti mi testimonio más veraz,
las plumas más secretas
del verdadero yo
que muda sin cesar
porque se va muriendo de infinito.
Soy
de tu aroma
grávido y tenaz,

poesía,
la copa
de tu vino.
¿Comenzar, acabar? Lo mismo da
si te tengo conmigo y tú me tienes.

En este libro, exactamente como en el primero (y ya son siete), el encanto poético le ha poseído de modo cada vez más personal. Ha habido cambios, sin duda, pero se muestran en la atenta depuración, en el deseo de ajustar a su íntima naturaleza la acción del verbo, de ser —en la palabra— justo, íntegro. Para el intento de conseguirlo —siempre con más viva proximidad— le ha sido imprescindible el detenido estudio del lenguaje a través de los más grandes, desde el Siglo de Oro a nuestros días. Familiarizado con los clásicos, como más de una vez puede observarse en algún recodo de una estrofa, también ha entrado en la mejor poesía española y americana de todas las épocas. Este amor del idioma le ha distinguido siempre. No es una búsqueda de disciplinas poéticas y ajenas, de modalidades gustadoras, de modelos de ayer o de hoy. Se mantiene fiel a sí mismo y en el conocimiento de la poesía se purifica.

“Domingo de Pájaros” nos conduce a las más variadas experiencias. Las conocidas en las diversas etapas de su edad —infancia, madurez— y, fuera de Chile, en pueblos distantes. Estas experiencias son, en la mayoría de los casos, los deleites, los afanes, las angustias que imponen su expresión. Ante todo surge la mujer. Se le ha llamado poeta del amor, acentuando la palabra como quien señala lo indebido y condenable. Para este poeta enamorado de la vida todo se empaña y grandemente oscurece si la mujer no se halla cerca. Con ella y para ella parece existir todo lo creado. Por eso ama los cielos, las montañas, los mares, y Dios, el Creador.

Mira hacia la nostalgia, hacia lo efímero, y sus palabras adquieren gravedad:

¿Quién eres y quién soy y cuándo fuimos ambos
y qué seremos, ay, años después?
Plumas, apenas plumas que se pierden,
cenizas y, quién sabe, materia de otro sueño.

Perduración de la vida. El poeta se une a la palabra para manifestar este supremo deseo: el sueño que hoy nos asiste será materia con que se haga el después.

HERNAN DEL SOLAR.